

que generalmente se esperaba del actual Matiamvoun gobierno mas benigno que el de su antecesor, y manifestó cierta sorpresa, asi él como los que lo acompañaban, de la libertad que gozaban los makololos, sorpresa que llegó á su colmo al saber que mis zambesianos poseian algunas cabezas de ganado, como quiera que entre ellos este derecho era exclusivo del cacique.

El 24 de febrero, despues de haber pasado las grandes llanuras inundadas, entramos en las cercanías del lago Dilolo, terreno á donde no llega la inundacion y cuyos pueblos reconocen la autoridad de un jefe que se llama Katendé. Ya aquí descubro con sorpresa que las planicies que acabamos de salvar forman un vertedero entre los rios del Norte y del Mediodía, porque mientras los que dejamos atrás corren hácia el Sur, las aguas del distrito, en que estamos actualmente, toman una direccion setentrional para ir á desembocar en el Kasai ó Loké, principal afluente meridional del Zaire ó Quango.

El camino que seguimos al Oeste nos conduce á poblaciones visitadas con frecuencia por traficantes de esclavos, cuyo odioso comercio es causa de efusion de sangre, porque el jefe que permite la venta de cierto número de niños, cree luego necesario á su bienestar otro crimen, el crimen de deshacerse de sus padres que podrian mortificarle con sortilegios. Sin embargo, la fe en el poder de la mágia está tan profundamente arraigada entre estas gentes, que si alguna vez empuja al crimen á quien tiene necesidad de librarse del sortilego, acontece con mas frecuencia que ponga freno al despotismo haciendo suponer en manos del débil un poder superior al del tirano. Uno de los miembros de la tribu de Kabinjé nos mostró la sepultura de su hija que murió quemada; en su dolor fué á buscar á todos sus hijos, y construyó cabañas alrededor del sepulcro á fin de ir allá á llorar por ella. «Si yo no guardara su cuerpo, decia, vendrian los encantadores á hechizarla haciendo sortilegios sobre su tumba.» Su creencia en otra vida es mucho menor que la de las tribus del Sur. Los barotsés mismos participan de ella y están persuadidos de que los muertos conservan relaciones con los vivos. Uno de mis hombres, perteneciente á esta tribu, me dijo una vez que sufría un fuerte dolor de cabeza: «Mi padre me castiga, porque no le doy nada de mi sustento.»—¿Dónde está tu padre? le pregunté.—Con los *barimos*, me contestó; es decir, con los Espíritus.

El 30 de marzo nuestro camino se separó bruscamente de la colina para descender al valle de Quango, que flanqueábamos hacia algun tiempo. La pendiente es tan escarpada, que hay que echar pie á tierra en muchos sitios, y aun asi es preciso agarrarse con las manos para no caer.

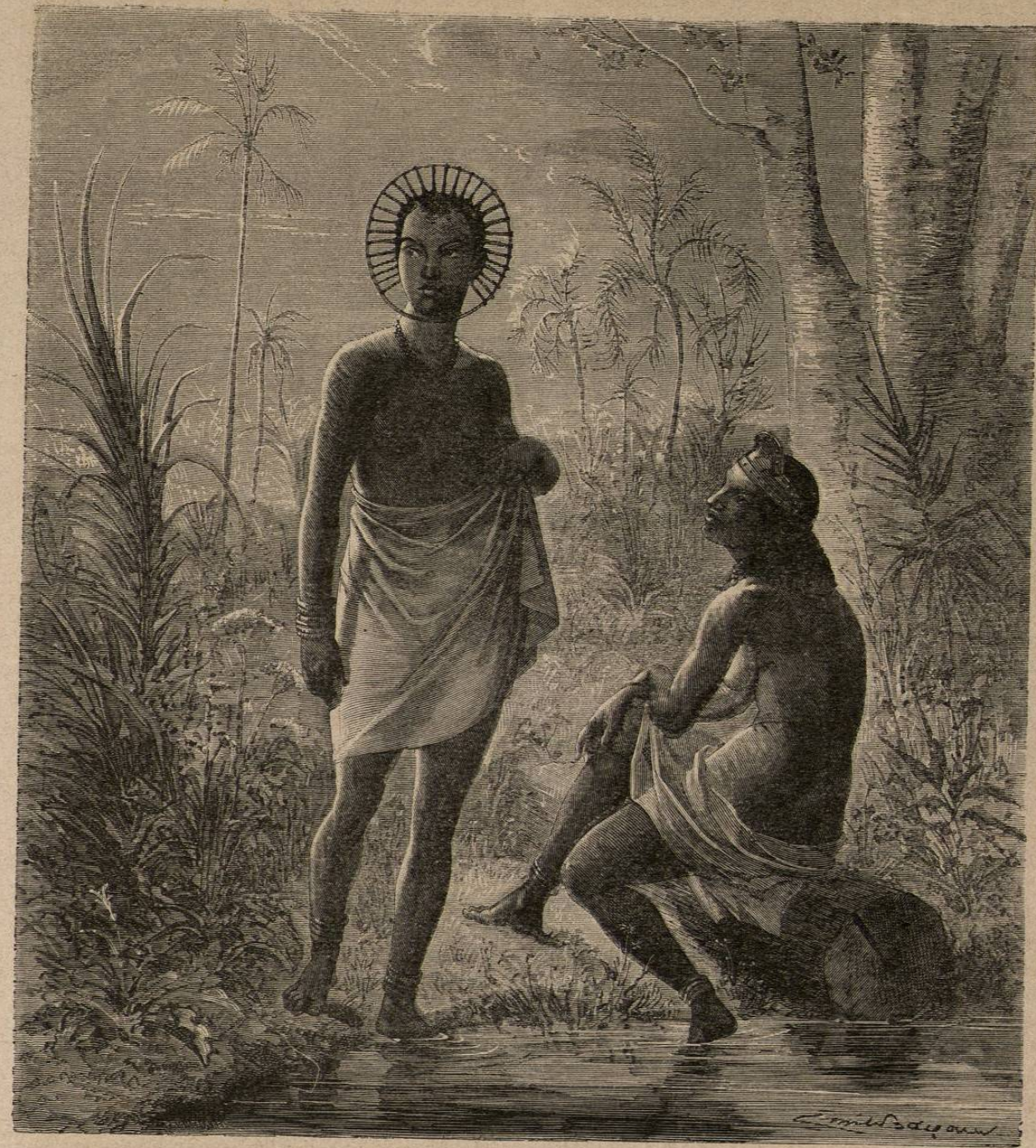
Sentaos en el paraje en que María reina de Escocia asistió á la batalla de Langside, mirad el valle del Clyde, y tendreis un cuadro en miniatura del magnífico panorama que se ofrecia á nuestra vista. Un valle de unas 100 millas de ancho, poblado espesamente de árboles, menos en las orillas del Quango que refleja acá y allá la luz del sol dirigiendo su curso hácia el Norte; al frente como una hilerá de altas montañas y el descenso es cosa de una milla que perpendicularmente medida pudiera dar unos 1,200 pies. Este espectáculo grandioso para nosotros que salíamos de los sombríos bosques del Londa, me produjo el mismo efecto que si me hubieran quitado un espeso velo de los ojos. Una nube atravesaba el espacio haciendo resonar sus truenos mientras que la montaña estaba inundada de sol; nube que al fin descargó sin que nosotros esperáramos sus efectos. El fondo del valle que desde arriba nos parecia enteramente llano, estaba surcado por varios riachuelos. Mirando hácia el camino que dejábamos atrás, observé que la pendiente ofrecia el aspecto de una muralla dentada: la punta y los lados de esta sierra estaban cubiertos de árboles, si bien en los sitios mas perpendiculares se descubria el terreno rojizo propio de la region por donde caminábamos.

Una vez pasado el río, nos encontramos en territorio portugués, aunque nos separaba todavía del Atlántico una zona de mas de 600 kilómetros que es, por cierto el pais mas bello de la tierra. Un mes nada menos tuvimos que emplear para cruzarla. Por fin el 31 de mayo hice mi entrada en San Pablo de Loanda, á la cabeza de mis makololos.

Los makololos, trasportados á un mundo nuevo para ellos, llamaron la atencion en la ciudad por su buen porte y maneras. Los edificios de piedra que hay en el puerto, eran para ellos objeto de gran admiracion, y una casa con dos pisos les hubiera parecido antes de verla una cosa incomprensible. Yo me habia visto obligado á emplear la palabra *casa* en las esplicaciones que les diera de ellas; y como sus cabañas están hechas con estacas clavadas en tierra, no podian comprender de qué manera habian de clavarse unas estacas sobre otras para hacer un segundo piso. Los makololos que habian visto mi pequeña habitacion de Kolobeng procuraban describirla á los otros diciéndoles: Aquello no es una cabaña; es una montaña, con muchas cuevas.

El comandante Bedingfeld y el capitán Skene los invitaron á ir á ver sus barcos el *Pluton* y la *Filomela*, que estaban en el puerto. Conociendo la inquietud de mis negros, de los que algunos temian ser vendidos como esclavos, les dije que los que tuvieran la menor desconfianza eran libres para quedarse; pero al fin vinieron casi todos y cuando se hallaron á bordo:—Estos hombres, les dije, indicándoles los marine-

ros, son mis compatriotas y la reina de mi pais los clavo.—Es verdad, exclamaron, es verdad, porque manda precisamente á perseguir el comercio de esclavos.—Es verdad, exclamaron, es verdad, porque todos te se parecen.



Leonas de la corte del rey Shinté.

Muy luego se desvanecieron sus temores y se mezclaron amistosamente con los marineros, quienes obrando como en igualdad de circunstancias lo hubieran hecho los makololos, compartieron con ellos su comida.

El comandante permitió á los makololos tirar un cañonazo, y formándose la mas alta idea del poder de la artillería que estaba á bordo, se admiraron cuando les dije que estaba destinada á los traficantes de carne humana. No menos se admiraban de las di-

menciones del brick de guerra, y se decían entre sí: —Esto no es una canoa, no; es un pueblo entero.

Es imposible decir el efecto que produjo en ellos la atención de los oficiales y marineros para conmigo.

En grande estimación me habían tenido hasta allí; pero entonces crecí para ellos á la altura de un gigante, y en proporción crecieron su deferencia y respeto hacia mí.

Después de cuatro meses de permanencia en Loanda, volví á tomar el camino del Este y poco más ó menos el itinerario que habíamos seguido para venir. Costónos más de once meses de marcha y hasta el 22 de agosto de 1855 no encontramos los caballos que habíamos dejado en Linyantí en 1853. En esta ciudad encontré mi carro, como asimismo todos los objetos de mi pertenencia en un estado de perfecta conservación. Todos los habitantes se reunieron para oír la relación de nuestro viaje y para asistir á la recepción de los presentes que el gobernador y mercaderes de Loanda nos habían dado para Sekeletú. A este cacique le manifesté que aquellos presentes eran el testimonio de su amistad y del deseo que tenían de anudar relaciones comerciales con los makololos.

Los presentes fueron recibidos con trasportes de alegría, y el domingo siguiente, cuando Sekeletú apareció en la iglesia con su uniforme de coronel, le prestaron más atención que á mi plática religiosa. Por lo demás, son tan bondadosos y afectos á mi persona, que tengo que dispensarles algunas distracciones.

Mis zambeianos confirman en particular lo que han dicho en público, y todos los días vienen á mí algunos makololos ofreciéndome su compañía para otro viaje. «Queremos nosotros también, me dicen, tener que contar cosas maravillosas y volver llenos de gloria como los bravos que te han acompañado ahora.»

Después de haber abierto á los naturales del centro del África austral el camino de los establecimientos europeos de la costa atlántica, camino que después de mí han tomado más de una vez, me restaba abrirles el de la costa oriental de su continente. Dos vías se me ofrecían, á saber: la del Zancibar y la del Zambese. La primera era acaso la más fácil en razón del carácter pacífico de los pueblos que atraviesa, mientras que las tribus del Zambese son más guerreras y abrigan cierto espíritu de hostilidad contra los makololos. Pero como el Zambese podía ofrecer un medio de gran comunicación que enlazaría más tarde las provincias del centro á la costa oriental, me determiné á seguirlo por la orilla izquierda, porque Teté, que es el establecimiento portugués más avanzado, está en el mapa de Bowdich, situado en el lado Norte del río: error que reconocí después.

En consecuencia, el día 3 de noviembre salí de

Linyantí acompañado de Sekeletú, y seguido de cerca de doscientas personas. Los hombres más influyentes de la tribu formaban parte de nuestra escolta y todos íbamos mantenidos á espaldas del jefe, que tomaba las vacas necesarias en los lugares por donde pasábamos. Desde mi regreso, Sekeletú no había cesado de proveer abundantemente á todas mis necesidades, y hasta el momento de nuestra separación siguió dándome pruebas de la misma generosidad.

Por espacio de diez días seguimos el curso del Zambese ó sus orillas, y después tuvimos que separarnos del río y hacer un recodo hacia el Noroeste á causa de las montañas impracticables que debieron detener sin duda sus aguas obligándolas á extenderse en un gran lago, hasta que alguna conmoción del terreno les abriera un estrecho paso hacia el Oriente; pero antes de ir más lejos, quise contemplar aquella gran escena de la naturaleza.

Los makololos le dan el nombre de *Mosi oatunya*, y de ella había oído yo hablar mucho desde su llegada al país. Una de las preguntas que me hiciera Sebituané es ésta: «¿Teneis vosotros en vuestro país humo que hace el ruido del trueno?» Los naturales no se han acercado nunca á la cascada, y solo la han visto á gran distancia. Espantados por la masa de vapor que de ella se eleva, y del estruendo que hace, exclaman sencillamente como sus mayores: *Mosi oa tunya*. (El humo truena allá abajo.)

V.

Partida hacia la costa oriental.—Cascadas del Zambese.

Después de haber navegado durante veinte minutos á partir de Kalai, descubrimos las columnas de vapor, bien llamadas humo, y que á la distancia á que nos hallábamos de 5 ó 6 millas, hacían creer en uno de esos grandes incendios de pastos que se ven con frecuencia en África. Cinco son estas columnas que ceden al soplo del viento y parecen pegadas á un banco poco elevado, cuya cima está cubierta de bosques. Desde el sitio en que nos encontrábamos, el vapor se pierde en las nubes: es blanco en su base y se oscurece en lo alto, lo que le da más semejanza con el humo. Todo el paisaje ofrece una belleza indecible: grandes árboles de colores y formas variadas, guarnecen las orillas del río y las islas de que está sembrado: cada uno de ellos tiene su fisonomía particular, y muchos están cubiertos de flores; el macizo baobab, cualquiera de cuyas ramas es como el tronco de un árbol enorme, se extiende cerca de un grupo de palmeras, dibujando sus graciosos brazos en el cielo, donde trazan geroglíficos que significan: *Lejos de tu patria*, porque ellas son las que imprimen al paisaje su carácter exótico. El mohono plateado, que en esta región es semejante en la forma al cedro

del Líbano, forma un bello contraste con el sombrío *motsuri*, que se asemeja al ciprés, y cuyo fruto escafolata hace resaltar su fondo oscuro. Algunos de estos grandes árboles se parecen á nuestras encinas, y otros á nuestros seculares olmos y castaños. Sin embargo, nadie puede formarse una idea de este bello cuadro por lo que existe en Inglaterra. Los europeos no lo han contemplado nunca, pero los ángeles deben detener su vuelo para recrear sus ojos en esta magnificencia. Limitando la vista por los tres lados, se alzan unas colinas de 100 ó 130 pies, cubiertas de árboles, que dejan ver entre ellos el brillante matiz del suelo. Solo falta para completar el paisaje que alguna nevada cima se eleve en el horizonte.

A unos 800 pasos de la cascada, cambié de canoa para tomar otra más ligera, cuyos hábiles remeros me hicieron pasar por medio de remolinos y escollos, conduciéndome á una isla situada en la orilla de la rampa, donde las aguas vienen á caer. Las aguas estaban bajas y nos permitían llegar á un sitio imposible de abordar en las crecidas. Pero aunque nos encontrábamos á corta distancia del abismo, nadie podía ver el punto en que la gran masa de agua se precipita y hunde. El borde opuesto de la hendidura por donde desaparece no estaba más que á unos 5 metros de nosotros: yo trepé con emoción la rampa del precipicio, miré al fondo de una desgarradura que atraviesa el Zambese de una á otra orilla, y ví un río de 1,000 metros de ancho cayendo de golpe á una profundidad inmensa, donde se halla comprimido en un espacio de 15 ó 20 metros de anchura. El abismo es simplemente una rotura del suelo de basalto, que después de atravesar el lecho del río se prolonga al Norte al través de una cordillera en un espacio de 30 ó 40 millas.

Figuras inmediatamente delante del túnel del Támesis unas colinas que se estiendan hasta Gravesend; suponed una capa de basalto en lugar del terreno fangoso de la ciudad de Londres; imaginaos una hendidura de uno á otro lado del túnel; dad á esta rotura una longitud de 40 millas, á su abertura una separación de 25 ó 30 metros apenas; representaos el Támesis entero precipitándose al fondo de esta sima, donde gire y salte bramando al través de las colinas que se estienden á su izquierda, y tendreis una idea aproximada del espectáculo más sorprendente que he visto en el África.

Si se mira al fondo del abismo por la parte de la orilla derecha, solo se distingue una espesa masa blanca, rodeada de espléndidos arcos iris. De esta nube se eleva una columna de vapor de 100 metros de altura, á cuya elevación se condensa y desciende en menuda lluvia, que moja sin embargo los vestidos. A algunos metros del abismo se estiende una cortina de árboles, cuyas verdes hojas están perpé-

tuamente mojadas; una multitud de arroyuelos corren de sus raíces, volviendo otra vez al precipicio; pero la columna de vapor que encuentran en su caída les hace subir con ella de nuevo, y jamás llegan al fondo del abismo.

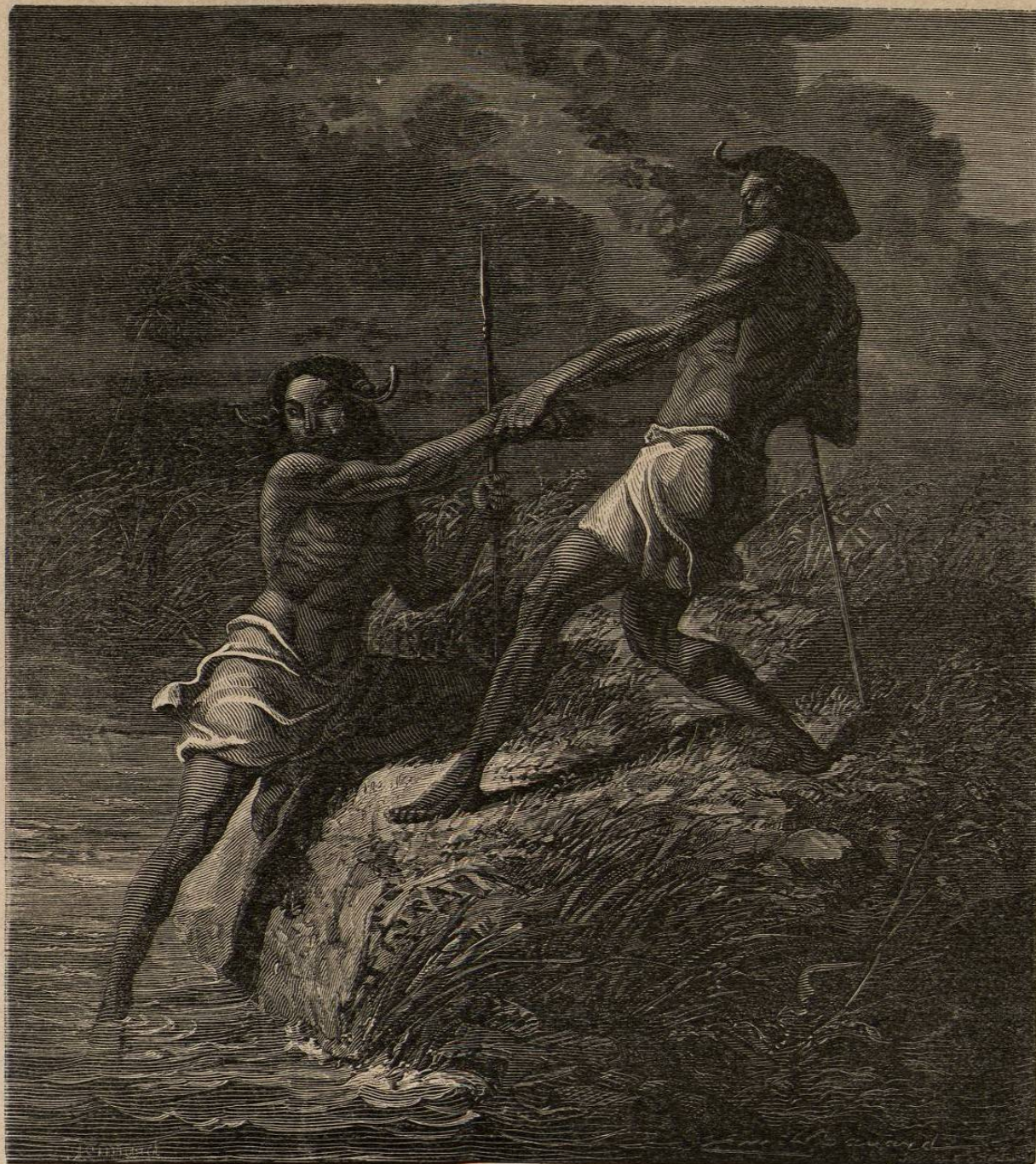
A la izquierda de la isla, se puede seguir con la vista la espumosa masa del río, dirigiéndose hacia las colinas, y medir la altura de la roca desde la cual se precipita. Las dos murallas de esta gigantesca grieta son perpendiculares y están formadas de una masa homogénea: el agua corriendo por la roca ha corroido su borde 1 metro de profundidad, haciéndolo en él grandes mellas; el borde opuesto permanece entero, excepto en el lado izquierdo, donde se ve una hendidura, y está para desprenderse un pedazo de roca: pero la gran hendidura, la grieta de la cascada se halla actualmente en el mismo estado en que debía estar en la época de su formación. La roca es de un color oscuro, excepto á 10 pies de fondo, donde aparece más clara, á causa de la subida anual del agua á aquella altura en la época de las inundaciones. En el lado izquierdo de la isla disfrutamos la bella vista del volumen del agua que forma una de las columnas de vapor al descender, pues saltando de la roca, baja hasta su pie como un espeso vellón de blanquísima lana que me recordó la nieve, espectáculo que hacía mucho tiempo no veía.

Las columnas vaporosas que se elevan de este abismo son evidentemente el resultado de la compresión del agua, cuyo peso, aumentado por la violencia de la caída, se une á la resistencia que sufre esta masa enorme. De las cinco columnas, tres son más fuertes que las otras dos: la corriente que produce las que se elevan cerca de la orilla izquierda, es por la parte en que se encuentra encerrada entre el borde de la isla y el del río, mas considerable que el Clyde en Stonebyres, cuando se desbordó.

El Zambese, cuyas aguas están bajas en esta época, tiene más de 600 metros de anchura por el sitio en que nosotros estamos, y más de 1 metro de profundidad al borde del precipicio. Doy estas cifras como el resultado de una aproximación, mas bien que un cálculo riguroso, esperando que otros viajeros den sobre esto más precisos pormenores.

El río por encima de las cascadas tiene á mi parecer una anchura de 1,000 metros en aquel lugar, y más de 1 metro de profundidad al borde del precipicio; pero es muy posible que engañe, pues habiendo calculado en Loanda que había 400 metros de uno á otro punto de la bahía, resultó luego tener 900. He procurado medir la anchura del Liambay con una cuerda; pero no he podido conseguirlo por ineptitud de los que me ayudaban. En vano he querido también recordar el modo de medir un río por medio de un sextante: lo único que puedo re-

cordar es que el procedimiento es muy sencillo y que lo he sabido en otro tiempo. Sin embargo, me he servido de otro sistema para medir este río un poco más bajo, y he obtenido cerca de 1,000 metros, precisamente la misma anchura que los portugueses le dan en Teté donde yo lo creo menos

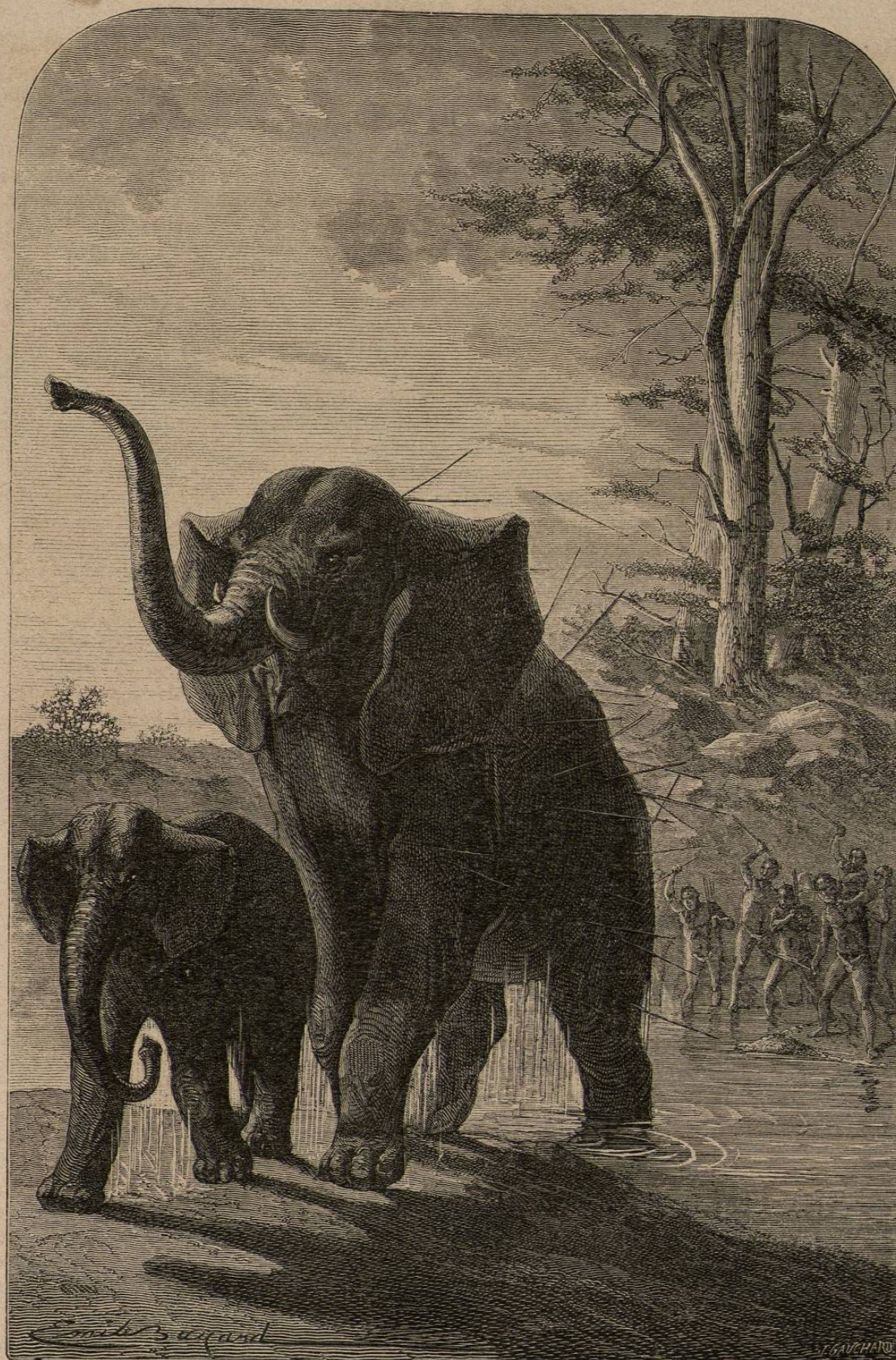


Peinado de los elegantes balondas.

estendido. Posible es que me equivoque, repito, pero quedándome corto.

Los makololos suponen que por la parte del Este la hendidura es mucho más profunda: hay aquí, di-

cen, un sitio en que la roca está inclinada en vez de ser perpendicular, y donde la pendiente es tan suave que se puede bajar sentándose en la roca. Sucedió una vez que unos desgraciados batokas se



Elefante hembra protegiendo á su cria contra los cazadores.